

UNIDADES NARRATIVAS

Antes de hablar de las unidades narrativas, es necesario hacer una distinción relacionada con el tiempo: *tiempo de la narración* y el *tiempo de la acción*.

El tiempo del discurso es el que utilizará el lector promedio para leer el texto. Por tanto, es externo, variable y depende de cada lector.

El tiempo del relato es el tiempo ficticio en que el protagonista desarrolla una acción. Es un tiempo interno, fijo y establecido en el texto. Pueden ser horas, semanas o años.

Como sabemos, podemos contar la vida de alguien en tres páginas o en 500. Pero también, podemos contar un solo día de esa vida en 800 páginas. ¿Qué es lo que hace la diferencia? Es la forma en que estamos contando esa historia a través de las herramientas o unidades narrativas.

Imaginemos lo siguiente: yo quiero contar cómo Ana logró graduarse de arquitecta. Entonces digo que Ana fue el primer día de clase, escuchó todo lo que dijeron sus profesores, anotó todo en su cuaderno, terminó su clase, se fue a casa, comió con su familia, hizo una siesta y en la noche se sentó a estudiar. Luego, al día siguiente, Ana fue a clase, escuchó todo lo que dijeron sus profesores, anotó todo en su cuaderno, terminó su clase, se fue a casa, comió con su familia, hizo una siesta y en la noche se sentó a estudiar». Y así sucesivamente. ¿Verdad que sería una locura? Nadie soportaría seguir esta lectura. Entonces, lo que deberíamos hacer es decir algo como: «Ana estudió durante cinco años, hasta que, finalmente, logró graduarse de arquitecta».

Pero ¿Qué son las UNIDADES NARRATIVAS?

Son la base de cualquier texto narrativo. La composición del discurso narrativo resultaría muy pobre si tenemos un texto homogéneo, esto es, una obra que solo tenga una escena, o en la que todo sea resumen o descripción. Además, las unidades narrativas también pueden aportar al texto de un ritmo particular, o permitirnos jugar con el tiempo del relato para acelerar o ralentizar los hechos en nuestra trama.

Las unidades narrativas que trabajemos aquí, para comenzar, son: **la escena, el resumen, la elipsis, la descripción y la digresión**. Por lo general, estas unidades no se presentan en su forma pura, sino que se aparecen combinadas.

LA ESCENA

Una escena es una unidad narrativa que explica una acción que sucede en un espacio y un tiempo determinado. Es decir, se desarrolla en un tiempo establecido, describe una acción continuada y sucede en un único espacio.

Cada vez que los personajes, en un sitio fijo y a una hora exacta, viven continuamente, estamos frente a una escena. La acción, rica en detalles concretos, tiene la inmediatez de la realidad. La condición imprescindible de una escena es que los detalles del carácter, el diálogo, el lugar, el año, la atmósfera, la situación, la aventura, etc. surjan de un modo directo. Da la ilusión de que corre ante los ojos del lector. El narrador se ha escondido. Está ahí, puesto que alguien ha narrado lo que ahora leemos, pero no nos estorba con sus comentarios. El efecto es como si la narración se desarrollara por sí misma. (Anderson Imbert).

La escena debe hacer avanzar la historia. Es indispensable que veamos a nuestro protagonista y personajes en acción y que «pasen cosas».

Veamos el siguiente ejemplo:

Era una noche del otoño de 1913. Los viajeros habían partido dos horas antes de la estación de Bône, adonde habían llegado de Argel después de una noche y un día de viaje en las duras banquetas de tercera clase. Encontraron en la estación el vehículo y el árabe que los esperaba para llevarlos a la propiedad situada en un pueblo pequeño, a unos veinte kilómetros tierra adentro, y cuya gerencia asumiría el hombre. Hizo falta tiempo para cargar los baúles y algunos enseres y después el camino en mal estado los retrasó aún más. El árabe, como si sintiera la inquietud de su compañero, le dijo:

—No tengáis miedo. Aquí no hay bandidos.

—Los hay en todas partes —dijo el hombre—. Pero tengo lo necesario. —Y dio unos golpecitos en el bolsillo estrecho.

—Tienes razón —dijo el árabe—. Siempre hay algún loco.

En ese momento la mujer llamó a su marido.

—Henri —dijo—, me duele.

El hombre blasfemó y azuzó un poco más a sus caballos.

—Ya llegamos —dijo.

Al cabo de un rato volvió a mirar a su mujer.

—¿Todavía te duele?

Ella le sonrió con una extraña discreción y como si no sufriera.

—Sí, mucho.

El la miraba con la misma seriedad. Y la mujer se disculpó de nuevo.

—No es nada. Tal vez haya sido el tren.

—Mira —dijo el árabe—, el pueblo.

En efecto, a la izquierda del camino y un poco en la lejanía se veían las luces de Solferino enturbiadas por la lluvia.

—Pero tú sigue el camino de la derecha —dijo el árabe.

El hombre vaciló, se volvió hacia su mujer.

—¿Vamos a la casa o al pueblo? —preguntó.

—¡Oh!, a la casa, es mejor.

Un poco más lejos la carreta dobló a la derecha en dirección a la casa desconocida que los aguardaba.

—Un kilómetro más —dijo el árabe.

—Ya llegamos —dijo el hombre dirigiéndose a su mujer.
La mujer estaba doblada en dos, la cara entre los brazos.
—Lucie —dijo el hombre.
La mujer no se movía. El hombre la tocó con la mano. Ella lloraba en silencio.
El gritó, separando las sílabas y mimando sus palabras:
—Ahora mismo vas a acostarte. Yo iré a buscar al doctor.
—Sí. Ve a buscar al doctor. Creo que es lo mejor.
El árabe los miraba, sorprendido.
—Va a tener un niño —dijo el hombre—. ¿El doctor está en el pueblo?
—Sí, voy a buscarlo si quieres.
—No, tú te quedas en la casa. Estate atento. Yo iré más rápido. ¿Tiene un coche o un caballo?
—Tiene un coche. —Después el árabe dijo a la mujer—: Será un varón, y guapo.
La mujer le sonrió como si no entendiera.
—No oye —dijo el hombre—. En la casa grita fuerte y haz gestos.

Fragmento de *El primer hombre*, de Albert Camus

EL RESUMEN

El resumen consiste en reducir en pocas líneas una parte considerable de la historia. Por lo tanto, es un buen recurso para exponer información necesaria para que el lector comprenda parte de la historia. Aquí los personajes y los escenarios desaparecen para dejar paso a la voz del narrador.

Durante tres meses, vivió al borde de un precipicio, siempre tensa para dar el salto definitivo. Pero, hacia el fin de este período, el destino le procuró una especie de cura, o así parece, en forma de peligros más reales que imaginados. Durante todo el mes de agosto y de septiembre, fue testigo de aquellas extrañas escaramuzas de lucha aérea que eran cuanto la gente desde tierra podía percibir de la batalla de Gran Bretaña.

Virginia Woolf. Una biografía, de Quentin Bell

LA ELIPSIS

Mientras que el resumen se utiliza para resumir hechos, la elipsis da un salto temporal sin mencionar los hechos transcurridos. En este caso, el lector ha de sobreentenderlos

o, quizás, estos ni siquiera sean necesarios para la comprensión del texto. En cuanto al ritmo, la abundancia de elipsis aumenta la velocidad narrativa.

Cuando salimos de la casa no pude evitar coger una bocanada de aire.
—Es asfixiante —dije.
La pedagoga me dedicó una larga mirada de reproche.
—Sí, eso dicen todos.
En el camino de vuelta, vacía ya la autovía a esa hora, tardamos poco y apenas hablamos. Era innegable que las dos estábamos agotadas.

Asomé la cabeza sin llamar porque la puerta estaba abierta y el director no suele ser amigo de formalidades. Con el auricular encajado entre la barbilla y el hombro, me hizo un gesto para que me sentara, pero negué con una sonrisa y esperé de pie, observando los pósteres de ONG, la estantería con recuerdos de sus hijos —fotos, dibujos—, un par de tiestos con potos, ...

Fragmento de «Apenas unos milímetros», de Sara Mesa.

LA DESCRIPCIÓN

La descripción consiste en detallar los rasgos de personajes, escenarios y lugares de la historia. Provoca una pausa en la narración y, por consiguiente, la suspensión temporal de la acción. En la descripción decorativa, el tiempo de la acción es cero; en la expositiva, es prácticamente cero. Para muchos, las descripciones pueden tornarse aburridas. Pero las descripciones son importantes, no solo porque dan información sobre los escenarios, sino también porque crean atmósferas. Lo importante es saber el momento en que se necesita una descripción y la duración de esta.

La pregunta era: ¿debían intentar regresar? Volver a cruzar el arroyo era ya un despropósito. El bosque era ahora una cámara oscura donde la identidad —de un árbol, de un matorral, de una piedra o de un charco— se disolvía por completo. Pequeños insectos se les posaban sobre las pantorrillas desnudas. En torno a ellos se oían rápidos crujidos de hojas y de ramas, roedores nocturnos cambiando de escondrijo para huir de las lechuzas. De lejos sonó el aullido largo, aflautado y tembloroso de un cárabo, acercándose con un aleteo breve y desordenado.

Fragmento de «El cárabo», de Sara Mesa

LA DIGRESIÓN

Al igual que las descripciones, también las digresiones, los pensamientos expresados en el texto (pensamientos, ideas, opiniones, análisis) detienen momentáneamente la acción. Una digresión puede ser breve o extensa. Las digresiones suelen ir intercaladas entre momentos de acción, pero a veces ocurre que la digresión ocupa un gran espacio y entonces el texto se hace estático, la acción y movimiento desaparecen.

—¿Quieres decirle algo a tu profesora, cielo?

Yo pensé que no había necesidad de llamarlo así, «cielo», puesto que si se trataba de un alumno igual al resto de los alumnos, como tanto insistía en recordarme, más le valía saber que ningún profesor se dirige así a sus alumnos, ninguno al menos que yo conozca, y no desde luego a alumnos de quince años. Me daba cuenta de que una mezcla de miedo, culpabilidad y rencor se agitaba en mí al observar a la pedagoga marcando las letras con un puntero, con tanta rapidez como destreza, deteniéndose sólo cuando el chico levantaba las pupilas, para formar un mensaje que empezó por *h*...

Fragmento de «Apenas unos milímetros», de Sara Mesa

RELACIÓN DE LAS DIFERENTES UNIDADES NARRATIVAS CON EL TIEMPO

TIEMPO	UNIDAD
Tº relato = Tº discurso	escena
Tº relato > Tº discurso	resumen, elipsis
Tº relato < Tº discurso	descripción, digresión

Veamos ahora cómo se suelen mezclar estas herramientas en el discurso:

De modo que una mañana —era el 1 de septiembre, un día festivo— fui al registro civil de Bath para inscribir mi boda. El funcionario aceptó los papeles y se mostró sumamente amable y solícito. Comprendió perfectamente, como todo el mundo en aquellos tiempos, nuestro deseo de acelerar los trámites en lo posible. La boda quedó fijada para el día siguiente; cogió la pluma y empezó a escribir nuestros nombres en el registro con letra redondilla.

Rojo:
resumen

Azul:
escena

Verde:
digresión

Morado:
descripción

En aquel momento —serían las once— se abrió de golpe la puerta de la habitación contigua. Irrumpió en la nuestra un funcionario joven que se ponía la chaqueta mientras caminaba.

—¡Los alemanes han invadido Polonia! ¡Es la guerra! —anunció a gritos en aquella sala silenciosa.

La noticia me golpeó el corazón como un martillazo. Pero el corazón de nuestra generación ya estaba acostumbrado a toda clase de golpes duros.

—No necesariamente significa la guerra —dije yo, sinceramente convencido. Pero el funcionario por poco se enfadó conmigo.

—¡No! —gritó furioso—. ¡Ya basta! ¡No podemos tolerar que esto se repita cada seis meses! ¡Tiene que terminar!

Mientras tanto el otro funcionario, que había empezado a redactar nuestro certificado de matrimonio, dejó caer la pluma con ademán pensativo. Al fin y al cabo, debió de pensar, nosotros éramos extranjeros y, en caso de guerra, nos convertiríamos automáticamente en enemigos. No sabía si, dadas las circunstancias, era lícito permitirnos contraer matrimonio. Dijo que lo lamentaba, pero que prefería pedir instrucciones a Londres. Los dos días siguientes fueron días de espera, esperanza y miedo, dos días de terrible tensión. En la mañana del domingo la radio dio la noticia de que Inglaterra había declarado la guerra a Alemania.

Fue una mañana singular. Nos alejamos de la radio, que había lanzado al espacio un mensaje que iba a durar siglos, un mensaje destinado a transformar totalmente nuestro mundo y la vida de cada uno de nosotros, un mensaje que encerraba la muerte para miles de los que lo escuchaban en silencio; aflicción y desventura, desesperación y amenaza para todos nosotros; un mensaje del que quizá no se sacaría la lección hasta el cabo de años y más años. Una vez más era la guerra, una guerra más terrible y de peores consecuencias que cualquiera anterior. Una vez más se terminaba una época, una vez más empezaba una época nueva.

Permanecíamos en silencio en la habitación, de pronto sumida en una quietud sepulcral, y evitábamos mirarnos. De fuera llegaba el gorjeo despreocupado de pájaros, que, en su frívolo juego amoroso, se dejaban llevar por el suave viento, y los árboles se balanceaban en el dorado resplandor de la luz, como si sus hojas quisieran tocarse tiernamente como labios amorosos. Una vez más la viejísima madre naturaleza no sabía nada de las angustias de sus criaturas.

El mundo de ayer. Memorias de europeo, de Stefan Zweig.